

ARQUETIPOS DEL DESTIERRO (BEINVENIDO AL
PARAISO, ANGEL PARRA

Andrés Claro

He recorrido tantos horizontes
que me contentaría con el botín del retorno.

–IMRU’L-QAYS

Me dice: “No duermas, bebe vino añejo.
Bebamos entre arriates rodeados de azucenas”.
Y yo le recrimino: “Calla, calla, ¿cómo puedes decir eso,
si el Paraíso está en manos del enemigo?”

–DUNAS BEN LABRAT

Tras treinta años de exilio, habiendo recibido ultimátum y pasaje de la que fuera su compañera parisina, Andrés retorna a Chile en busca del paraíso perdido. Ciertamente, su voluntarismo narrativo logra transformar una y otra vez en humor el desconcierto que le produce la metamorfosis del país añorado en una Quimera monstruosa, incluso sublimar el dolor mediante diversas peripecias de autosabotaje e ironía (ya el epígrafe a cuyo alero se nos quiere hacer leer el relato –“¡Qué lástima que la vida eterna comience con la muerte!”– da la pauta al respecto). Pero bajo la textura carnavalesca palpita un universo a presión que se cuele entre las líneas al menor descuido, imperceptiblemente, enrareciendo el aire al punto que las relaciones y triángulos amorosos devienen arquetipos de conflictos existenciales, políticos y literarios no

resueltos. Entonces, lo que decanta de la lectura de la novela de Ángel Parra no son tanto las consabidas certezas con que se denuncia más o menos satíricamente las miserias del Chile actual —comenzando por el olvido de muertos sin derecho a duelo y terminando por el arribismo ambiente—, sino sobre todo su puesta en escena de más dudas de las que se es capaz de soportar sin alguna forma de exorcismo, la proyección de una serie de tensiones que no hallan resolución simple, acaso porque no la tienen.

La tensión existencial: ¿pertenencias múltiples o ausencia de lugar?

Si la más obvia e inmediata de estas tensiones es de orden existencial, concierne a la vida de quien ha partido o ha sido forzado al exilio, se precisa como una oscilación ominosa entre la posibilidad gozosa de pertenencias múltiples y la condena irremediable a la ausencia de lugar.

Uno no es nunca el mismo en dos geografías y contextos culturales distintos, mucho menos al habitar lenguas diferentes como lo son el castellano y el francés, lo que obliga a relacionarse de maneras diversas no sólo con el entorno, sino también consigo mismo. Es lo que permite a Andrés, en sus momentos de euforia y optimismo, la mayoría de ellos ya en el pasado, ver en París la posibilidad única de añadirse una segunda vida, incluso un paraíso adicional al que cree haber dejado en Santiago. Y es que tras la salida a patadas de su país el destierro comienza con un aterrizaje nada de

forzoso en la entropía de las jovencitas francesas, entusiasmadas por entonces con el testimonio viviente de una revolución mítica. “Los chilenos estábamos sobrevalorados en el imaginario sexual de las francesitas”, medita el personaje. “En otras palabras, se llevaba el chileno exiliado. Mujeres de distintas condiciones, intelectual o política, que se preciaban de tal, debían tener su chileno. Por lo menos sus seis meses” (31-32).

La otra cara de la moneda de esta promesa del paraíso de las setenta doncellas en la tierra es sin embargo la amenaza de quedarse sin lugar alguno, no-lugar que se le revela precisamente cuando su última compañera parisina lo pone de patitas en la calle con pasaje a Santiago, añadiendo a la conciencia de destierro del exiliado, aquella propia del retornado. En Francia –no hay vuelta que darle a menos de recurrir a la mala fe– había sido siempre un exiliado: “Salir al exilio a pagar una condena con pena de extrañamiento, sin fecha de retorno, es condenar a muerte una parte esencial propia, que no se recupera. Sin historia, sin luchas, ni alegrías ni dolores compartidos” (122). Pero ahora, de vuelta en Chile, descubre también la condición de retornado, una suerte de exilio en lo que se presumía más propio, en la medida en que se ha roto la comunidad de la memoria y se han transformado los códigos de la comunicación, a lo que se añade el reproche solapado o explícito, casi siempre mala leche, de quienes se quedaron. “Quisiera poder enchufarme en el Chile de hoy, no para desempeñar un papel importante, solo para confirmarme a mí mismo que existo”, medita Andrés. “Me gustaría ser protagonista, aunque sea de una pequeña

aventura, pero que sea mía de verdad” (147). La pretensión no es fácil cuando incluso los antiguos compañeros le arrastran el poncho, reprochándole no haber padecido cada uno de los días de la dictadura en suelo patrio: “Nosotros que sufrimos y luchamos, mientras ustedes se tomaban el amargo whisky del exilio” (121-122). La sentencia lapidaria con que termina la meditación de Andrés es esperable: “El retornado no tiene derecho ni a voz ni voto... Normal, sin pasado en común” (151).

A fin de cuentas, en medio de esta tensión no resuelta entre la posibilidad de pertenencias múltiples y la amenaza de ausencia de lugar sólo le queda un esfuerzo permanente de reaprendizaje total. Desde ya, confrontar y exorcizar los propios fantasmas: “Estoy separando al Andrés que se fue del que volvió. Indudablemente no soy el mismo, en buena hora. El tiempo pasó, no hay que lamentarse, nada será como antes, ni la malta con harina” (131). Pero también abrir los ojos para aprender a releer la nueva y en principio odiosa realidad que le presenta su país. Pues es en este temple que Andrés es capaz de presenciar con cierta sorpresa una juventud cuya ignorancia la libera al menos de los prejuicios, comenzando por una escena en el avión que lo trae a Santiago, donde coquetea entre vómitos con la jovencita sentada a su lado. Pero es sobre todo el reencuentro con Hércules, viejo amigo de infancia quien en la historia de su paso por las fuerzas armadas y su amor por una revolucionaria complica el maniqueísmo político, que parece abrirse un horizonte de vínculos posibles: “Inmediatamente tuve la impresión de que con este gallo

podríamos conversar sin ponernos trabas de tipo interior-exterior, mutuamente” (111).

Se puede presumir que lo que los unía era precisamente la complicación propia de las lealtades compartidas: entre dos vidas en dos países en el caso de Andrés; entre dos mundos políticos dentro de un mismo país en el caso de Hércules.

La tensión política: ¿revolución o etnicismo?

Una segunda tensión irresuelta que pone en escena la novela a modo de exorcismo es precisamente de orden político; desplegada de manera arquetípica mediante un triángulo amoroso entre Madeleine, Andrés y Norberto, puede resumirse bajo la rúbrica de ‘revolución o etnicismo’.

Así, lo que salta inmediatamente a la vista es la personificación que hace Madeleine de Francia y del Viejo Continente en general en sus relaciones con Latinoamérica, a saber, una autorreferencia a prueba de balas donde con el tiempo el entusiasmo se desplaza desde la revolución política hacia el etnicismo culturaloide. “Las mujeres son impredecibles”, resume epigramáticamente Andrés tras el abandono: “Esta pasó de Trotsky a Gardel” (75). Y como personificando él mismo la Revolución traicionada, denuncia: “Se llenan la boca con el humo de la revolución, les gustaría que se llevara a cabo, pero sin asumir las consecuencias. Opinión personal: es verdad y se nota, que estoy un poquito resentido, despechado. Creo haber reaccionado como todos los cornudos. En

primer lugar, sorpresa, consternación, después. Yo me consideraba un buen partido. Ahí estaba la madre del cordero. Madeleine descubrió, de la noche a la mañana, que yo era un personaje de los años setenta. Pasado de moda” (78).

Es en esta misma clave de personificación arquetípica que se desdobra la significación de los ataques episódicos contra Norberto, el bandoneonista, donde si Andrés pone en obra explícitamente un viejo deporte chileno y sudamericano, como lo es el anti-argentinismo, deja reconocer implícitamente un mundo de fracturas y deslealtades propias del orden latinoamericano, donde todos barren para dentro. A modo de contexto, vale la pena recordar que todo chileno suele tener un ‘argentino de rigor’ –esto es, un trasandino que le ha pellizado la fruta o derechamente levantado la novia en celos, prefiriendo ésta, ¿como no?, la retórica inflada y los modales gardelianos a la higiene personal. Por lo que no ha de extrañar que cuando Madeleine lo deja creyendo haber descubierto el amanecer eterno en Norberto, el protagonista despliegue episódicamente la batería de los lugares comunes contra los porteños: “La postura de cuernos de la cual fui víctima y testigo entre Madeleine y el bandoneonista argentino despertó en mí un furioso anti-porteño, anti-milongas, cual gigante que dormía” (44). Pero el asunto no es tan simple; el blanco implícito es otro. Andrés advierte: “Ruego a los hermanos trasandinos perdonar estas reflexiones anti-argentinas que aparecen de vez en cuando... Independientemente que Madeleine se haya ido con el bandoneonista argentino existen otras causas” (43). Si la referencia

inmediata es a los traumas infantiles que provocan las derrotas futbolísticas a manos de los transandinos –y el fútbol, no está de más repetir el cliché, ha devenido una continuación de la guerra por otros medios– es como si una vez más la Revolución personificada acusase la competencia y falta de lealtad entre los países latinoamericanos

De modo que nuevamente Andrés es enviado a los laberintos de la pérdida y el reaprendizaje, donde el sentido de la revolución política se ha desdibujado en medio del etnicismo y la sublimación. Ciertamente, medita, no es posible continuar una revolución cuando los camaradas ya no están; no puede hacerse una revolución con fantasmas, lo que sería una gesta ‘en pena’ en el triple sentido de la expresión: como reunión de espectros, como duelo y como castigo. No se le escapa tampoco que el movimiento había mostrado más entusiasmo que disciplina y medios; a fin de cuentas, advierte: “No hay caso, tenemos corazón de abuelita, sentimentales sin remedio. Con esas características, imposible hacer la revolución” (43). Pero en último término las tensiones políticas irresueltas lo dejan en una suerte de impasse: “No se equivoquen, sigo en la izquierda. Oui, Monsieur, pero ¿en cuál izquierda? No tengo la menor idea. Cada día más utópico. Tal vez hay que decir cada día más perdido, lo bueno es que no sufro... ‘Es la edad’, interviene mi prima Carmen, ... ‘yo tiendo a sublimar para no sufrir’” (84).

La tensión literaria: ¿comunidad de lugar o lugares comunes?

Si entre sus muchas funciones y variados efectos, la novela ha ofrecido siempre la posibilidad de ‘sublimar para no sufrir’, incluso de exorcizar los fantasmas del presente y del pasado, lo cierto es que en este terreno literario se instala una nueva tensión irresuelta, donde el protagonismo que da su narrador autorreflexivo al lenguaje proverbial chileno en su intento por recuperar una comunidad de lugar a través de la lengua es en todo momento limitado por un nuevo tipo de olvido aliado del lugar común.

Ya de entrada, encontramos un narrador extremadamente consciente de los posibles límites y riesgos, que reflexiona de manera humorística y permanente sobre sus capacidades para escribir lo que está escribiendo, para habérselas literariamente con su historia y lo que siente frente a la misma. “‘Las rosas moradas de fragancias excelsas me embelesan’. Algo me está pasando. ¿De quién quiero diferenciarme? ¿Por qué esta frase rebuscada? Inmediatamente debo corregirla. Cursi, siútica, de teleserie. [/] Ya me contaminé. Sigue perdiendo interés el capítulo. Debo estar atento a los desbordes románticos. El no tener formación académica y la poca lectura me hacen caer en estos precipicios literarios” (70). Es así, desdoblándose reflexiva e irónicamente entre la conciencia que narra y la conciencia que observa al narrador y comenta el estatuto de su discurso –lo que reconoce es una forma de espejo en abismo–, que no sólo toma distancia de la

cursilería voluntaria, sino que más de una vez boicotea las pretensiones mismas de su lenguaje, al que le advierte una y otra vez sobre las amenazas de la repetición del lugar común: “He vuelto a mi país de origen después de tres décadas. Este lacónico párrafo será el inicio de la narración”, comienza el capítulo, y continua advirtiendo poco más abajo: “Antes de comenzar a escribir debería leer los libros que ya fueron publicados sobre el tema e inspirarme. Igual es peligroso, las historias de retornados se repiten” (21).

Es precisamente en su intento de evadir el ‘lugar común’ sin renunciar a la ‘comunidad de lugar’ que este narrador reflexivo propone instintivamente una lengua proverbial, hecha de refranes, en lo que se revela como su pulsión última por recuperar el paraíso perdido. “Como por arte de magia, como dicen los siúuticos. Prefiero la antigua fórmula: en menos de lo que canta un gallo. Los refranes y chilenismos no me los puedo sacar de encima, son como una condena. Un sicólogo diría: ‘Estás tratando de ser más chileno que los porotos’. Pero lo que en verdad vendría al caso si de refrán se trata, según mi opinión, es no por mucho madrugar amanece más temprano” (67). Y es que todo este caudal de frases proverbiales a las que recurre como a una tabla de naufrago no hacen sino multiplicar los abismos y paradojas para el narrador y el lector. Desde ya, porque lo que había sido y debiera ser la comunidad de lugar por excelencia en el lenguaje –‘comunidad de lugar’ que en la precisión y dureza lingüística del proverbio resiste todo intento de domesticación por el ‘lugar común’–, en el

contexto de su país actual, al menos en lo que respecta a su cara oficial, aparece desdibujado, olvidado como parte de un pasado cerrado: “El tiempo hizo su trabajo, una gruesa capa de olvido cubre esos peregrinos recuerdos. La situación tiene el mérito de ser clara y no voy a buscarle las cinco patas al gato. También se puede decir buscarle el cuesco a la breva. Me gustaría saber si a otros retornados les pasa lo mismo a propósito de los dichos y proverbios. ¿Será eso ser chileno? Me invaden sin ningún respeto. Por momentos estas fórmulas campesinas se me imaginan polillas ciegas, salen de un armario aleteando en completo desorden” (95-6). La aparición protagónica misma en cursivas de estas frases, al modo de las lenguas clásicas, resume esta ambigüedad entre lo que es incombustible, se renueva permanentemente, y lo que pertenece irremediablemente al pasado y sale aleteando con olor a naftalina. Tal como no se resuelven las maneras posibles de habitar geografías múltiples no se resuelven las maneras posibles de habitar una lengua tensionada, de habitar el mundo mediante una lengua exiliada de la propia lengua, uno más de los desplazamientos sin fin que recorre este libro, tal como los recorre el autor en su último viaje.